



ALAS DE CERA

Ícaro: tratado de altura para quienes olvidan la gravedad

No fue el sol.

Tampoco el fuego.

Ni siquiera la antigua desobediencia
que los moralistas guardan
como una piedra pulida en el bolsillo.

Fue el hambre:

hambre antigua vertical del hombre.

Esa costumbre de mirar el horizonte
y encontrarlo demasiado bajo.

Ícaro no cayó.

Antes de caer,
ascendió.

Y en esa diferencia
cabe toda la tragedia.

Porque hay quienes nacen para custodiar muros,
para contar ladrillos,
para perfeccionar cerraduras.

Y hay otros
a quienes el cielo les parece una herida abierta
que exige ser atravesada.

Ícaro pertenecía a esa estirpe.

La de los que escuchan,
en la sangre,
la música del viento
y el rumor de una puerta.

Dédalo conocía la arquitectura del encierro.

Sabía que todo laberinto
es una forma elegante del miedo.

Por eso construyó alas.

Porque incluso la inteligencia
se cansa de obedecer a la piedra.

La cera escondía una advertencia.

La juventud,
en cambio,
siempre confunde límite con desafío.

Y entonces ocurrió.

El ascenso.

La ebriedad.

La emboscada de la altura.

La tierra empequeñeciéndose
como una vieja preocupación.

Y allí,

donde el vértigo
empieza a parecerse a la divinidad,

Ícaro cometió el error
que todos cometemos alguna vez:

confundir poder con inmunidad.

Creyó que el milagro
podía transformarse en domicilio.

Que las alas
eran suyas.

Y olvidó que pertenecían
al frágil sindicato de la cera,
las plumas
y la esperanza.

El sol no castiga.

La gravedad no odia.

El universo
carece de resentimiento.

Somos nosotros
quienes llamamos castigo
a la consecuencia.

Cuando la cera comenzó a llorar,

cuando las plumas aprendieron
el idioma de la dispersión,

Ícaro descubrió demasiado tarde

que toda elevación
contiene ya la semilla de su descenso.

Cayó.

Pero no se precipitó solo.

Con él cayeron
las ilusiones de omnipotencia,
los delirios de eternidad,
la soberbia que convierte los espejos
en altares.

Y, sin embargo,

también cayó algo hermoso:

la certeza
de que durante unos instantes
un muchacho imposible
habitó la altura.

Por eso la historia de Ícaro
no es sólo una advertencia.

Es también una pregunta.

¿Qué sería del mundo
si nadie se acercara al sol?

¿Qué océanos seguirían sin nombre?

¿Qué música?

¿Qué amor?

¿Qué poema?

La moraleja no consiste
en permanecer abajo.

Habita en la tensión.

En conocer la fragilidad de la cera
sin renunciar a las alas.

En aceptar que el deseo de infinito
necesita conversar
con la gravedad.

Porque Ícaro vive todavía.

Habita en cada científico,
en cada navegante,
en cada artista,
en cada niño que mira una nube
como quien estudia un mapa.

Y así seguimos.

Con nuestras alas imperfectas.

Con nuestra cera.

Con nuestro sol.

Elevándonos hacia aquello
que podría destruirnos
o transformarnos.

Porque ser humano,
tal vez,
consista exactamente en eso:

aprender a volar

sin dejar de escuchar

el paciente,
invisible,
irrebatible

latido de la caída.